

NOTAS ACERCA DE LAS COMPLEJIDADES DE LA HISTORIA REGIONAL

Reflections on the complexities of Regional History

Noemí M. Girbal-Blacha

Resumen

La Argentina es un país que ronda los 3 millones de kilómetros cuadrados. Su historia se vincula económica, social y políticamente a un territorio que registra marcadas diferencias regionales basadas en economías agrarias. El concepto de territorio, sus posibles interpretaciones y cómo fue utilizado por la historiografía resultan asuntos básicos cuando se pretende estudiar con enfoque regional el pasado de nuestro país. Existe una redefinición conceptual constante. Este es el objetivo central de estas notas que incursionan sobre la noción de “*territorio innovador*” vinculando el espacio a los ecosistemas, a las redes sociales y alejado de una exclusiva y excluyente definición geográfica. El territorio entendido como “*una red aleatoria de geometría variable*” se afirma sobre bases conceptuales, metodológicas y empíricas que son las que guían estas reflexiones.

<Historia Regional> <Territorio> <Historiografía> <Espacio Geográfico>

Abstract

The Argentine lands comprise around 3 million square kilometers. The national history is linked economically, socially and politically to a territory that shows deeply marked regional differences based on agrarian economies. Studying our country's past with a regional approach demands to focus on the concept of territory, its possible interpretations and how has historiography used it.

The main objective of these notes is to contribute to the constant conceptual redefinition of these subjects. By advancing on the notion of “*innovative territory*” that links the space to ecosystems and social networks these reflections go beyond a sole and exclusive geographical definition.

Territory could be understood as “*a random network of variable geometry*”. These considerations follow this assumption and are confronted with conceptual, methodological and empirical foundations through the present article.

<Regional History> <Territory> <Historiography> <Geographical Space>

La historia argentina se vincula en su economía, su sociedad y su sistema político, al territorio que registra marcadas diferencias regionales; conforme a los tipos de producción y al comercio de materias primas de origen agrario. En primer término a la producción y comercialización ganadera, sebo, tasajo, lana, carne congelada o enfriada -según los años- y más tarde -ya a fines del siglo XIX- a la transformadora expansión agrícola, cuando la consolidación del Estado Nacional dio forma, a partir de las redes de alianzas de las élites, a un tipo determinado de mercado interno, de dirigencia y de especialización de producciones subregionales. La explotación de los recursos forestales y las agroindustrias serán parte de una expresión regional de matriz monoprodutora, asociada al modelo generado desde el puerto de Buenos Aires. Un modelo que aunque asentado en el “*progreso positivista*” también genera marginalidad y aislamiento.

Jules Huret, periodista francés y viajero que recorriera nuestro país desde Buenos Aires hasta el Gran Chaco Argentino, hace suya las apreciaciones de algunos coterráneos que habitan nuestro territorio desde fines del siglo XIX y señala cómo:

“la República Argentina se asemeja a una gran casa que no tiene más que una puerta de entrada -Buenos Aires. Su fachada es pequeña y enorme su profundidad; pero no tiene salida, como las antiguas casas españolas, tan en desacuerdo con las exigencias de la vida moderna. Habría que proporcionarse una puerta de escape, por el ferrocarril del Pacífico”.

Lo dice sin rodeos, para brindar su impresión del espacio que diseña el modelo agroexportador (Huret, 1911: 257).

La tierra como símbolo de poder político y de prestigio social; la inmigración masiva que procura impulsar un frustrado proceso de colonización en el medio rural y deriva finalmente en una urbanización creciente, suministrando mano obra abundante y barata para trascender la “*gran aldea*”, pecuaria y criolla; la organización del poder político como una estructura de alcance nacional que pone en tensión y recorta las autonomías provinciales respecto del poder central; el comercio internacional orientado esencialmente a Europa (Inglaterra en primer término), y la inversión de capitales externos (ingleses, franceses y alemanes) en ferrocarriles, bancos, frigoríficos e infraestructura portuaria, conforman las bases de un país “*progresista y moderno*”, al que diera contenido la llamada “*Generación del 80*”, integrada por “*los notables*”, liberales en lo económico y conservadores en lo político (Botana, 1985).

Esos orígenes pecuarios y mercantiles, asociados desde las postrimerías del siglo XIX al progreso positivista de la *Argentina Moderna* agroexportadora, a las limitaciones de la expansión horizontal agraria al iniciarse la década de 1910 y a las crisis que inducen la regulación económica por parte del Estado con una fuerte presencia burocrática de perfil técnico desde los años de 1930, forman parte de la coyuntura que permite tempranamente conocer y reconocer la desigualdad interna de un

país periférico como la Argentina, con una superficie de casi 3 millones de kilómetros cuadrados. El papel jugado por el Estado en la planificación económica de la *Nueva Argentina* nacionalista y popular, y desde 1950 asociada al estancamiento, recuperación y tecnificación del agro condicionando el desarrollo social de sus poblaciones, se profundiza (Girbal-Blacha, 2008).

Ese paisaje cultural -tal como lo definiera el geógrafo Carl Sauer al promediar el decenio de 1920- es el resultado de la acción de los sujetos sociales sobre la naturaleza, cambiante y diverso pero que no renuncia a sus rasgos naturales. El Estado y los actores sociales que lideran el poder económico de base rural y agroindustrial, jugaron y juegan acciones de importancia; demostrativas de las tensiones que enervan una compleja, heterogénea y desigual relación de poderes entre gobernantes y gobernados, traducidos finalmente en diferencias territoriales (Sauer, 1925). Esta vinculación por momentos es armónica y en otros ríspida, aunque sin llegar a un enfrentamiento frontal capaz de poner en peligro la construcción de la Nación -idea fuerza del siglo XIX- que en la Argentina se constituye de espaldas al pasado aborigen y mirando al otro lado del Atlántico a través del puerto de Buenos Aires.

A partir del discurso se recrea un poder hegemónico que, algunas veces desconoció y otras anuló o contrarrestó el papel económico y social que en períodos anteriores tuvieran otros grupos o sectores sociales. Lo hicieron respaldándose en la necesidad de dar sustento a una identidad nacional, que se recrea permanentemente en un país de base inmigratoria como el nuestro. Este discurso construyó una territorialidad segmentada que, a la vez, fue complementario en términos económicos, políticos y también culturales aún cuando sus diferencias resultaran significativas.

El concepto de territorio, sus posibles interpretaciones y cómo fue utilizado por la historiografía resultan asuntos básicos cuando se pretende estudiar con enfoque regional la historia argentina. Existe una redefinición conceptual constante. En los últimos años, se fueron precisando los límites de los conceptos de región, territorio y espacio pero persisten las dificultades para determinar los niveles de análisis y sus articulaciones con las particularidades de cada una de las regiones que se pretenden describir e interpretar. Por otro lado, este mayor nivel de precisión de los conceptos ha resultado en una pérdida de la dimensión del ambiente natural, que aleja al hombre del medio en el cual se desarrolla. La historia regional necesita hoy un abordaje que tenga en cuenta esos cambios teóricos y metodológicos -con el mayor nivel de complejidad posible- poniendo el acento en el estudio de casos, para enriquecer el análisis micro y explicar los procesos macro del heterogéneo mundo rural, especialmente de las jurisdicciones que fueran Territorios Nacionales (Girbal-Blacha y Cerdá, 2011).

Con una perspectiva más crítica y diversa, también interesada y vista “*desde arriba*”, el concepto de territorio se presenta como una estrecha tensión entre la realidad, lo construido y lo imaginado que llega a condicionar las interpretaciones de los científicos sociales. Descubrir las “identidades territoriales”, con sus ambigüedades, simbologías, movimientos, fragilidades y logros, ponderando las “experiencias no

ingenuas de nación, territorio y revolución” (García Canclini, 2011: 10-11), se convierte en un desafío intelectual y en parte de “un juego de transferencias y referencias” propio de una época y un espacio geográfico o región (Navarro y Fernández, 2001: 2).

La “*lógica social*” forma parte de las leyes y de la estructura de funcionamiento de un territorio. Desde esta perspectiva, el concepto provendría del modelo social dominante, convirtiéndose en sinónimo del sistema socioeconómico; admitiendo así la idea de cambio que permitiría implementar políticas territoriales en función de diagnósticos regionales. Tiende a identificar los fenómenos estructurales con la ocupación social del espacio, rechazando una visión lineal y estática del mismo, mientras alienta escenarios complejos acerca de la lógica territorial (Roccatagliata, 2008). Esta interpretación predominante en las últimas décadas, no debiera perder de vista a los espacios naturales, con su sistema ecológico, climático y biológico, que son los que sustentan el territorio.

La equidad en el abordaje es importante para analizar las relaciones entre la sociedad y el medio ambiente, ya que cada formación social de producción, entendida en su doble vertiente de explotación del trabajo humano y de la naturaleza, marca los límites históricamente precisos a la eficiencia en el manejo de los ecosistemas. Las relaciones entre los actores sociales -incluido el Estado- vinculados a la producción, el nivel de productividad y la explotación de las diferentes regiones en todos los ciclos productivos, merecen ser ponderadas al explicar las causas, el desarrollo y la crisis del modelo de explotación que da cuerpo a los desequilibrios internos del territorio y a la gestión de sus actores.

Existe una producción social del espacio territorial de orden natural que genera las diferencias inter-regionales en el paisaje cultural, fácilmente visibles en un país extenso como la República Argentina. Espacio y actor social -que en tiempos post modernos se vinculan a los conceptos de diversidad y pluralidad- conforman una relación-tensión entre la fragmentación regional de los sectores dominantes y la caracterización que éstos adoptaron a partir de la conformación de un Estado Nacional centralizado, de la mano de una progresiva consolidación de los desequilibrios entre regiones. Son estos aspectos los que han guiado las explicaciones más recientes de los estudios regionales.

En este sentido, las redes que se tejen entre los actores sociales, el Estado y las políticas públicas, se sostienen en el conflicto, pero también lo trascienden y se insertan en un territorio con características ecosistémicas propias; un tema que ha sido poco y -por lo general- unilateralmente abordado en la historiografía argentina. La vida cotidiana se desarrolla y cobra identidad más allá del territorio pero no es independiente de él, promoviendo continuidades y cambios; pero también superando los vaivenes propios del entramado del poder, de la política nacional y sus rupturas institucionales que se iniciaran en el país hacia 1930.

La gama de inserciones diferenciadas que se genera en el sistema social, se refleja tanto en la estructura del poder como en la construcción del territorio (Beck,

2008), sin que la afirmación implique desconocer el espacio natural, pero sí la necesidad de trascender sus “*fronteras*” físicas. También la creación de instituciones va ligada a las redes familiares sobre las cuales descansan la estructura social y las relaciones clientelares, que adquieren perfiles singulares en las distintas regiones -y mucho más en áreas de incorporación tardía al sistema, como ocurre con el Gran Chaco Argentino- pero que también son capaces de trascender esa dinámica interna sin perder identidad. La disputa por el poder es uno de sus rasgos característicos, junto con la discrecionalidad que a veces orienta las acciones gubernativas dando muestras de ser funcionales a los mecanismos de acción del modelo.

Espacio geográfico y poder, mantienen estrechos vínculos y de ambos forma parte el poder simbólico que se construye a partir de las palabras; un poder que consagra y revela hechos que no son sólo conocidos sino reconocidos como tales (Arendt, 2002: 132). Credibilidad y poder político-económico asociado al territorio, se presentan así como una relación tensa y creadora del poder simbólico y de cierta hegemonía. Un vínculo que se suele difundir a través de “la palabra oficial del gobierno”, llegando “directamente a los habitantes del país” para “satisfacer esa necesidad que siempre han tenido los hombres de escuchar la voz de sus gobernantes”, se diría en tiempos de vigencia del intervencionismo estatal.¹

Es el análisis del discurso, el que brinda conceptualizaciones interesantes y diversas del territorio, permitiendo ver a los campos en acción -tal como los define Pierre Bourdieu- y, es desde esta perspectiva que el discurso cobra sentido en tanto lenguaje capaz de conocer esas acciones y llegar al presente con los ajustes necesarios en las definiciones (Berger, 1998). Se genera una relación causa-efecto entre el acontecimiento y el lenguaje, en la cual el receptor juega un papel significativo, ya que intenta convertir su experiencia personal en una de carácter colectivo.² La aceptación de lo que se dice es determinante y contribuye -a su vez- a determinar la producción del discurso, que suele tener un patrón común, útil -en este caso- para redefinir el territorio.

Parte de los argumentos enunciados se vinculan a la generación de poder legítimo a través de la política deliberativa que, cuando existe y funciona, permite programar la regulación de los conflictos sociales, perseguir fines colectivos y otorgar identidad al territorio, más allá de la homogeneidad que suele ser aparente. Los circuitos de comunicación del espacio público-político quedan expuestos e influyen en la conformación de regiones con fronteras elásticas (Foschiatti, 2007; Meichtry y Fantín, 2008; Bolsi y Paolasso, 2009). El “fenómeno regional no es un hecho aislado sino que obedece, en alta medida, a las decisiones que se van adoptando fuera de la región involucrada y que inciden sobre el desenvolvimiento de cada una de las partes que componen el territorio nacional” (Rofman, 1999: 11). Las regiones argentinas resultan contundentes ejemplos de esta afirmación.

¹ Oro Blanco. *Economía, vulgarización y tecnicismo*. Revista Mensual del Algodón, Buenos Aires, octubre de 1937, año 1, núm. 4, p. 30.

² Acerca del lenguaje y sus distintas expresiones puede consultarse: Sartori (2002).

En los inicios del siglo XXI se está “repensando la región y sus actores”. Control, regulación sobre las decisiones sociopolíticas, nivel de incertidumbre en el accionar de los sujetos sociales y los agentes económicos “abre un debate teórico sobre el perfil de las regiones que se inserta en el ámbito integrado”, que -seguramente- llevarán a reformular algunos de los planteos sobre la construcción social del espacio (Rofman, 1996: 15). El momento es propicio para los historiadores, porque se sostiene que existen “diversidad de historias, singularidad de los historiadores; pluralidad de procesos, subjetividad de maneras de escribir y de hacer” (Prost, 1996 a: 126; Prost, 1996 b). En tal sentido, relato y cuantificación de la información son recursos complementarios para la epistemología histórica que merecen ser combinados y que han sido ponderados como referentes esenciales en la historiografía de reciente aparición. El primero resume la dimensión diacrónica, singular, del acontecimiento; en tanto la dimensión sincrónica, generalizadora, estructural, se expresa a través de cuadros y gráficos. Dos niveles complementarios del análisis de las estructuras regionales, donde la conceptualización del territorio no puede ni debe ser ignorada.

Resulta imprescindible ligar -como propone Pierre Bourdieu- la teoría a la interpretación; ya que los conceptos sirven para explicar los resultados de las investigaciones que se realizan. El trabajo empírico es el lugar de la revelación teórica pero no alcanza sólo con la documentación (Bourdieu, 2002). Cuando se hace historia regional también es el poder lo que está en juego y la lucha de los agentes gira en torno del capital simbólico acumulado como producto de las confrontaciones, al momento de ser legitimado. Se genera una sutil relación de enfrentamiento y también de convivencia que debe ser explicitada en las representaciones del pasado y en la caracterización del espacio territorial que se construye y se modifica ante coyunturas específicas (Rosanvallon, 2002).

No quedan dudas que los territorios tienen identidad y es preciso tratar de captarla y describirla a través de un relato simple y preciso a la vez, que de cuenta de su heterogeneidad más allá de las homogeneidades regionales que impusiera hasta los años 60 la geografía física. La caracterización e interpretación del territorio obedecen a un mandato y una mirada intencional, pero más allá de esta condición, las identidades se imponen y los estudios de caso lo confirman. Diversos aportes historiográficos han dado cuenta, directa o indirectamente, de las distintas realidades regionales del interior del país; es decir, de las tres cuartas partes de la superficie del territorio nacional que apenas concentra a principios del siglo XX la cuarta parte de la riqueza, la infraestructura y la población de la República Argentina.

Cada región afirma sus características particulares como parte de un “rompecabezas” mayor que es el mapa de la Argentina, donde la región suele servir como punto de partida de la descripción o el análisis de las diferencias, pero que también debiera atender a los rasgos comunes que definen sus perfiles.³ Como lo ha resumido

³ Aún cuando en su último libro Roccatagliata postula una visión renovada sobre la regionalización territorial para Argentina algunos de los capítulos de la compilación mantiene los lineamientos conceptuales más tradicionales. Roccatagliata (2008) Ver especialmente la “Introducción”, donde se hace un balance de los

Alejandro Benedetti, según esta perspectiva: “una región es entonces cualquier espacio donde ante todo se resalta un tipo de diferenciación, un territorio es una región en la que se focalizan las diferencias definidas a partir de las relaciones de poder” (Benedetti, 2009: 2).

Los años '90 -tiempos de crisis de fin del siglo y del milenio- al mismo tiempo que cuestionan la tarea del historiador, someten a debate las grandes corrientes de la historia y sus campos de investigación. Se abren nuevas perspectivas. La década se inaugura con renovadas aproximaciones entre la economía y la historia con enfoque regional. La dinámica económica y las nuevas exigencias de la investigación histórica; el enriquecimiento de la economía política por la historia; la economía del desarrollo, en su relación con el tiempo y el relato histórico; los interrogantes acerca de la necesidad actual de una historia cuantitativa y los usos de la historia en la formulación de hipótesis de la teoría económica, son algunos de los temas que se discuten en estos tiempos de necesaria e ineludible reflexión multidisciplinar.⁴ Explicar y comprender la construcción de los tiempos propios de la historia, superando el enfoque estrictamente cuantitativo y serial, pone hoy sobre el tapete de la discusión, el análisis del discurso -en sus más variadas formas- como un referente imprescindible de los estudios históricos que confrontan determinismo y representaciones temporales para poder hacer una reconstrucción del pasado que tenga por bases la explicación y la comprensión de los territorios, en su sentido más amplio y trascendiendo las interpretaciones de las décadas anteriores (Grenier, 1995).

Además, son los estudios de casos, inscriptos en una propuesta teórica delimitada (Bairoch, 1995), los que cobran fuerza y se instalan en medio del debate crítico. La micro-historia sigue funcionando como un juego de escalas para explicar los procesos macro-históricos (Revel, 1996). El territorio es parte de la estructura social y desde esas perspectivas se estudian casos representativos de diversas realidades regionales. Parece evidente que “la cuestión esencial de una escala de observación se funda en la convicción central de que ella ofrece la posibilidad de enriquecer las significaciones de los procesos históricos a través de una renovación radical de las categorías interpretativas y su verificación experimental” y, en este sentido, la historia sigue siendo una ciencia social que se construye en un tiempo y en un espacio determinados, que resulta imprescindible definir (Grenier, 1996).

La historiografía argentina desde fines de los '90 se pregunta acerca de la necesidad de una historia regional. Amplía su gama de interpretaciones y adhiere a la historia comparada con mayor frecuencia. Es interesante e importante revisar -como lo hicieron Gabriela Dalla Corte y Sandra Fernández- las teorías de Marc Bloch, que identifican a la *nueva historia local* como parte del rescate de las particularidades de los procesos sociales homogéneos y no sólo como forma de ejemplo de los procesos

conceptos y una propuesta novedosa sobre el problema aquí planteado. En el capítulo sobre “Poblamiento y desarrollo humano”, se lleva a cabo el análisis a partir de los agregados regionales tradicionales.

⁴ *Revue Economique*, vol. 42, n° 2, París, mars 1991; Grenier, 1995: 173-193 y *Espaces Temps. Les cahiers. Revue trimestrelle*, núms. 59/60/61, París, 1995.

globales normalizados por las historias nacionales (Dalla Corte y Fernández, 2001). Es posible advertir cómo las regiones construidas desde el discurso hegemónico tienden a esconder las diferencias intrarregionales, explicando sólo parcialmente el proceso social ocurrido en los diferentes espacios.

Iván Molina Jiménez propone dos modelos básicos para plantear el problema de “lo” regional: “Por un lado, un enfoque cuyo eje de estudio es una unidad espacial (regional o local) predeterminada; y por otro lado, un modelo cuyo eje es el análisis de un proceso histórico, en cuya investigación aprehendemos las dimensiones geográficas de los fenómenos analizados, en términos de dinámicas regionales o locales” (Molina Jiménez, 2000: s/ página). En esta segunda alternativa, el análisis comparativo se hace necesario y las diferencias regionales deberían surgir de la pregunta del investigador y no del recorte geográfico preseleccionado. “La Historia Regional debe ser un concepto operativo para completar los niveles explicativos de la disciplina, sin perder la riqueza de la especificidad”, se sostiene desde la renovada historiografía (Favaro y Scuri, 2005: 2).

Resulta notorio en los estudios recientes de historia regional argentina, acerca de la territorialidad, la huella de las nuevas concepciones del espacio y de la región, que se apartan decididamente de la definición de una espacialidad en el orden natural vigente hasta los años 60. Espacio y región entendidos como producto de una “lógica social” (Eckert, 1996), como “espacialidades diferenciales” -un concepto que nacido a fines del decenio de 1980 se ha profundizado y extendido- (Coraggio, 1987), como “complejos territoriales”; son definidos como flujos que permiten diseñar un diagnóstico regional, admitir la idea de cambio y aplicar, en consecuencia, políticas correctivas (Manzanal y Rofman, 1989). Se trata de pensar en “territorios posibles”, en tanto procesos lugares y actores; de componer “una agenda de problemas y tendencias de análisis”, acerca de ellos; y de enlazar la geografía local, regional y global al bienestar (Bozzano, 2009; Barrera y Roldán, 2004; Velázquez, 2008). En ese camino avanzan hoy los estudios de historia de las regiones argentinas, con perspectiva federal. Un enfoque que guarda registro -cada vez con mayor énfasis- de la vida en los márgenes, aún aplicada a la periferia de la región pampeana.

La noción de “territorio innovador” de la cual se habla con insistencia, vincula el espacio a los ecosistemas, tanto como a las redes sociales, alejándose de una exclusiva y excluyente definición geográfica. El territorio debe ser entendido, entonces, como “una red aleatoria de geometría variable”⁵, mientras se busca el equilibrio de una nueva ecuación dinámica entre la visión espacialista y aquella asociada a la construcción social del espacio. Estas son las bases conceptuales, metodológicas y empíricas que deben guiar la escritura de los estudios regionales del territorio argentino, con sus singulares condiciones políticas, sus conflictos sociales y su organización productiva característica.

⁵ 3^{ème} Colloque Europeen: *Territoires innovants*, Genial (Belgique), novembre 2011.

Referencias Bibliográficas

- Arendt, Hannah (2002). “Lenguaje y metáfora”, *La vida del espíritu*, Buenos Aires, Paidós.
- Bairoch, Paul (1995). *Mythes et paradoxes de l'histoire économique*, París, éditions la découverte.
- Barriera, Darío y Roldán, Diego (compiladores) (2004). *Territorios, espacios y sociedades. Agenda de problemas y tendencias de análisis*, Rosario, UNR Editora.
- Beck, Hugo (2008). “Guías del Chaco y Formosa. Útiles informaciones del pasado, valiosas fuentes para investigaciones actuales”, *Folia Histórica del Nordeste*, n° 17, p. 181-190.
- Benedetti, Alejandro (2009). “Los usos de la categoría *región* en el pensamiento geográfico argentino”, *Scripta nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Universidad de Barcelona, Vol. XIII, num. 286, 15 de marzo de 2009.
- Berger, Christa (1998). *Campos em confronto: a terra e o texto*, Porto Alegre, Editora da Universidade UFRGS.
- Bolsi, Alfredo y Paolasso, Pablo (compiladores) (2009). *Geografía de la pobreza en el Norte Grande Argentino*, Tucumán, PNUD-ISES-CONICET.
- Botana, Natalio (1985). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Bourdieu, Pierre (2002) *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Editorial Montessor.
- Bozzano, Horacio (2009) *Territorios posibles. Procesos, lugares y actores*, Buenos Aires, Lumière.
- Coraggio, José Luis (1987) *Territorios en transición. Crítica a la planificación regional en América Latina*, Quito, Ed. Ciudad.
- Dalla Corte, Gabriela y Fernández, Sandra (2001). “Límites difusos entre la Historia y el espacio local” en Dalla Corte, Gabriela y Fernández, Sandra (compiladoras); *Lugares para la Historia. Espacio, historia regional e historia local en los estudios contemporáneos*, Ed. UNR, Rosario.
- Eckert, Denis (1996). *Évaluation et prospective des territoires*, París, Reclus, 1996.
- Favaro, Orietta y Scuri, María Carolina (2005) “La trastienda de la historia regional”, en Favaro, Orietta (coordinadora) *Sujetos sociales y políticas. Historia reciente de la Norpatagonia argentina*, Buenos Aires, La Colmena.
- Foschiatti, Ana M. H. (2007). “Cuestiones que afectan a las vulnerabilidades del nordeste argentino y opciones mitigación”, en Foschiatti, Ana M. H.; (compiladora): *Aportes conceptuales y empíricos de la vulnerabilidad global*, Resistencia (Chaco), UNNE.
- García Canclini, Néstor (2011). “Geopolítica y arte. La bienal de la desglobalización”, *Revista de Cultura Ñ*; n° 422, Buenos Aires, Clarín, sábado 20 de octubre de 2011, pp. 10-11.
- Girbal-Blacha, Noemí y Cerdá, Juan Manuel (2011): “Lecturas y relecturas sobre el territorio. Una interpretación histórica”, en *Estudios Rurales. Publicación del CEAR* (Centro de Estudios de la Argentina Rural, núm. 1, diciembre 2011, pp. 55-78.
- Girbal-Blacha, Noemí (2008) “Desequilibrio regional y políticas públicas agrarias. Argentina 1880-1960”. En: *Revista Digital de la Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes*, Tomo 1, núm 2. Rosario, Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes-UNR. pp. 1-20.
- Greni, Edoardo: “Repenser la micro-histoire?”, en Revel, Jacques (dir), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris, Gallimard/Le Seuil pp. 233-243.
- Grenier, Jean-Yves (1995). “Expliquer et comprendre. La construction du temps de l'histoire économique”, en Lepetit, Bernard, *Les formes de l'expérience. Une autre histoire*

- sociale*, París, Albin Michel, pp. 227-251.
- Huret, Jules. (1911). *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Paris, Eugène Fasquelle.
- Manzanal, Mabel y Rofman, Alejandro (1989). *Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*, Buenos Aires, CEUR/CEAL.
- Meichtry, Norma C. y Fantin, María A (2008). “Territorios en regresión. Calidad de vida y pobreza en el Nordeste Argentino”, en Velázquez, Guillermo; *Geografía y Bienestar. Situación local, regional y global de la Argentina luego del censo de 2001*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 299-321.
- Molina Jiménez, Iván (2000): “De la historia local a la historia social. Algunas notas metodológicas”, *Cuadernos digitales. Publicación electrónica en historia, archivística y estudios sociales*, n° 3, septiembre de 2000, Universidad de Costa Rica.
- Navarro, Fernando y Fernández, Sandra (2001) “Viajes y viajeros: algunos tópicos para entender la mirada cultural sobre la economía regional argentina”, *Revista THEOMAI*, n° 3, primer semestre de 2001, Universidad Nacional de Quilmes; p. 2.
- Prost, Antoine (1996 a). *Douze leçons sur l'histoire*, Paris, Seuil.
- Prost, Antoine (1996 b) “Histoire, vérités, méthodes. Des structures argumentatives de l'histoire”, en *Le débat, histoire, politique, société*, n° 92, nov.-déc. 1996, Paris, Gallimard, p. 126.
- Revel, Jacques (1996) “Micro-analyse et construction du social”, en Revel, Jacques (dir), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris, Gallimard/Le Seuil, pp. 15-36.
- Roccatagliata, Juan Alberto (coordinador) (2008) *Argentina. Una visión actual y prospectiva desde la dimensión territorial*, Buenos Aires, Emecé. pp. 475-494.
- Rofman, Alejandro (1996). “Hay que apoyar a las economías regionales”, en Diario *Clarín*, viernes 25 de octubre de 1996, p. 15.
- Rofman, Alejandro (1999). *Las economías regionales a fines del siglo XX. Los circuitos del petróleo, del carbón y del azúcar*, Buenos Aires, Ariel.
- Rosanvallon, Pierre (2002) *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, FCE.
- Sartori, Giovanni (2002) *La política. Lógica y método de las Ciencias Sociales*, México, FCE, tercera edición.
- Sauer, Carl O (1925). “The morphology of landscape”. En: *University of California Publications in Geography*, n° 2. pp. 19-54.
- Velázquez, Guillermo Ángel (2008) *Geografía y bienestar. Situación local, regional y global de la Argentina, luego del censo de 2001*, Buenos Aires, Eudeba.